

Dioses

Era un día cualquiera,
sí, a media mañana.
Lucía el sol y acaso
el aire era más frágil
de lo al uso en estas tierras.
Por lo demás,
un día igual a tantos otros.
En el centro de la ciudad, el atasco:
eco sordo de motores, impaciencia,
semáforos obstinados en su inútil parpadeo,
olor a goma quemada...
Y allí, el autobús,
un punto rojo en el océano urbano,
un punto rojo varado en el asfalto
un punto rojo cargando cuarenta y cinco vidas
-incluida la conductora que
estrenaba trabajo
después de haberlo buscado
cuatro años
y dos meses-.

Había subido en la anterior parada.
Bueno sí, era más moreno
de lo que aquí se acostumbra y
sí, llevaba una mochila, una bolsa,
un macuto, un zurrón...
¡Basta ya!

Sí, llevaba algo para transportar objetos,
como casi todo el mundo,
que aquí cada cual se mueve
arrastrando sus tesoros.

¿Que si parecía nervioso?

Oiga usted, en la ciudad
ni entramos, ni salimos
en la vida de los otros,
a ver quién vive tranquilo
en medio de tanta furia.

Había subido en la anterior parada
y no, no leímos nada extraño en sus ojos.

Habita de todo entre nosotros,
no somos tribu ni horda.

Nos cortaron por mil distintos patrones
y, qué quiere usted que le diga,
cada uno mira aquí
tal como le viene en gana.

Se sentó en la zona de en medio,
al lado de una señora
de impermeable marrón,
dentro del punto rojo en el océano urbano,
dentro del punto rojo varado en el asfalto
y nunca sabremos si en algún momento
pensó

en las cuarenta y cinco vidas,
incluida la suya,
incluida la conductora

-que estrenaba trabajo
después de haberlo buscado
cuatro años
y dos meses-,
incluidas dieciocho señoras,
-cuatro de ellas, viudas-,
una adolescente pelirroja
-que acababa, otra vez, de enamorarse-,
seis niños
-uno tartamudo y con parche en un ojo-,
quince caballeros...
¡Bueno, bueno..! ¡Eso no es relevante!
¡Así no acabamos nunca!

Lo relevante es el hombre
más moreno de lo que aquí se acostumbra
que había subido en la anterior parada
y llevaba una mochila.
Lo relevante es que se sentó
en medio del punto rojo,
al lado de la señora de impermeable marrón.
Y luego gritó algo
que nadie llegó a entender.
No sería muy importante,
porque de igual modo
hizo estallar la bomba
y fue todo una bola de fuego
que en una décima de segundo
segó treinta y cuatro vidas,

incluida la suya,
incluida la señora
de impermeable marrón,
la adolescente pelirroja
que acababa de enamorarse -otra vez-
y el niño
tartamudo con parche en un ojo.

Incluida ...

No, la conductora ardió como una tea
y aún se arrastra por ahí.
Nunca ha vuelto a trabajar.

Ya está contado todo,
ya lo solté de un tirón.
Vivimos en un planeta cubierto de muchas llagas,
de dolores sin sentido.
Es tan inmenso el absurdo...
Tan estúpido lo humano...
Pues según el asesino eran órdenes divinas.
¿Órdenes de su dios?
No me ahorre los detalles...
¿Le envió acaso un whatsapp?
¿Quizá un mensaje de texto?
¿O quiso ir a lo seguro y fue un certificado
con acuse de recibo?